

de los del centro derecho demandan estas
participaciones participativa mayor en el go-
bierno de la que han tenido en la victoria.
estas demandas opone inevitablemente
contra la república. Lo más parlamentario
de lo mejor según el presidente, un Gobier-
no republicano solamente de los senadores.
Yo que no podría negarse a la verdad se-
ría que tal vez, más de otras leyes consti-
tucionales, verías por la intención de to-
dos se eligiese alguno de los ministros en-
tre las filas de la minoría. La fortuna ven-
turosa de los republicanos, que se han de
esta suerte de un lado y de otro, en las
nuevas instituciones en parte de la repú-
blica, que se ven en la actualidad, que
quiere ser de los partidos monárquicos
empañados en resucitar el organismo de una
sociedad muerta, ha durado ahora quince
días la crisis ministerial. Las gentes la im-
aginaban ya insoluble y preveían ruidoso
golpe de Estado que diera al traste con las
nuevas instituciones y su perfecto corona-
miento, la nueva robustísima República.
Yo que hubiera sentido tanto un golpe
de Estado en Francia, como los sentí y los
deploré en nuestra España, yo estaba com-

CAPITULO VII.

FORMACION DE UN GOBIERNO CONSTITUCIONAL EN FRANCIA.

Continúa Francia superando sus dificul-
tades y estableciendo las bases firmísimas de
un verdadero gobierno. Despues de haber
durado cuatro años la crisis constitucional,
por la ceguera de los partidos monárquicos
empeñados en resucitar el organismo de una
sociedad muerta, ha durado ahora quince
días la crisis ministerial. Las gentes la ima-
ginaban ya insoluble y preveían ruidoso
golpe de Estado que diera al traste con las
nuevas instituciones y su perfecto corona-
miento, la nueva robustísima República.
Yo que hubiera sentido tanto un golpe
de Estado en Francia, como los sentí y los
deploré en nuestra España, yo estaba com-

pletamente sereno y tranquilo. Fiábame en el buen tacto y sentido político que de día en día va adquiriendo la nacion francesa. Veia con claridad extraordinaria su terror á restauraciones preñadas de nuevas desgracias y ocasionadas solo á nuevos retrocesos. Constábame el vigor del partido republicano que les consiente todo género de transacciones patrióticas sin peligro ni de disminucion ni de muerte. Sabia que, sin ser republicano, el general Mac-Mahon estima en mucho su honra y tiene á gala dejar á la posteridad un nombre inmaculado y un testimonio de que ha sabido defender hasta el fin la soberania y las leyes de su patria.

Luego, dos enseñanzas muy aprovechables han disgustado á la nacion vecina de las aventuras y la han compelido á la sensatez y la prudencia. Es la primera, el espectáculo de esta nuestra España arrastrada por sus bruscos cambios de temperatura política, por sus revoluciones y sus reacciones, desde la cima de los principios democráticos á la restauracion reaccionaria y á la guerra civil permanente. Es la segunda, esa fuerte organizacion que tomaba el partido imperialista, organizacion amenazadora, no solo á sus

instituciones, sino tambien á su dignidad y á su honra, á la dignidad y á la honra de todo un pueblo y de todas sus generaciones. Salvar la República ó caer en el Imperio ha sido el dilema planteado por la fatalidad: pero que ha traído al cabo la paz y el concierto entre los ánimos enconados, el establecimiento definitivo de una conservadora República.

Mucho le ha costado al partido republicano ceder en la malhadada cuestion de las dos Cámaras; pero le ha costado más al partido conservador el resignarse á una verdadera República. Este nombre asustaba á los conservadores como á los diablos los sortilegios. Parecía que en poniéndolo al frente de la Constitucion habian puesto tambien con él esas cimas vertiginosas donde se agarran eternamente las tempestades. Yo gusto siempre de ver las relaciones existentes entre los partidos reaccionarios y los partidos demagógicos. Unos y otros tienen la misma supersticion de los nombres. Creen los partidos reaccionarios que la palabra República lo descompone todo, y creen los partidos demagógicos que lo compone todo la palabra Comunidad revolucionaria ó Junta de salva-

cion pública. Durante la última revolución de París ¡qué supersticioso culto á estas palabras vacías ya de sentido! ¡Qué empeño en resucitar, sobre todo, el anónimo gobierno de la salvación pública. No le regateemos en manera alguna; no disputemos, como he dicho ya en otra parte, su colosal grandeza á la antigua Junta de Salvación pública fundada por los convencionales en los días de crisis más graves y de mayores desgracias que registra la historia. No se recuerda un poder semejante, ni el Imperio romano. Venció á los orleanistas, venció á los girondinos, venció á los dantonianos, venció á los hebertistas, venció á Robespierre, produciendo y devorando con la misma fecundidad con que la naturaleza produce la vida, y con la misma indiferencia con que la naturaleza causa la muerte. Su apogeo estuvo en su fase jacobina. Entonces consumió las inteligencias más luminosas, mató los hombres más ilustres, y realizó por una compensación verdadera, las más heroicas acciones, y las más increíbles empresas. Por Saint-Just acusó la Junta de Salvación pública á todos los partidos con la perseverancia de un esbirro y con la frialdad de

un verdugo agravadas por la elocuencia de un retórico; y con Couthon redactó en fórmulas tan sencillas como engañosas las proposiciones más revolucionarias, más excepcionales, más audaces; y con Collot de Herbois extendió su estrecha malla administrativa y su terror excesivo sobre todos los departamentos; y con Carnot aplicó las matemáticas á la guerra é hizo del arte de matar y vencer un sistema, una ciencia; y con Cambon sacó recursos del fondo de la miseria para sostener los colosales proyectos; y con Barrere tuvo á su servicio todos los argumentos del foro además de todos los sofismas de la escuela; porque la Convención era su instrumento, el misterio su atmósfera, la dictadura su medio, el terror su ministro, la guillotina su pedestal, la muerte su mensajera, encerrando en su seno con los delegados todos los elementos, con la ley de sospechosos todos los derechos, con el tribunal revolucionario, terrible como las Parcas, los hilos de todas las vidas, con las requisas toda la propiedad, como con el máximo todo el trabajo, con los clubs todos los demagogos, con Robespierre toda la Francia aterrada por la victoria y toda la Europa venci-

da, con las fiestas al Ser Supremo desde las profundidades oscuras de la conciencia hasta los claros abismos del cielo. No le regateemos, nó, sus victorias, pero tampoco le disculpemos sus errores. La Vendée en armas, los aristócratas y los realistas en conjuraciones permanentes, cómplices los girondinos de una desmembración peligrosa, los reyes de Europa coligados y sus huestes en la frontera, Francia sin recursos y sin soldados, la República sin vida y sin esperanza; en momentos tan críticos y supremos, con ruinas universales sobre sus espaldas, la muerte sobre sus cabezas, la deshonra sobre sus nombres, los convencionales fundan la Comisión de Salvación pública, que toma en sus manos la autoridad revolucionaria, la dictadura gigantesca; y con ocho mil seiscientos decretos fortifica y surte ciento veinte plazas de guerra; improvisa y organiza once ejércitos; ahuyenta á los alemanes, ingleses, holandeses; vence á los facciosos, arma al pueblo entero; pero también siega las primeras cabezas de Francia, guillotina aquellos girondinos que resucitaban á Grecia en sus ideas y en sus discursos; descabeza la revolución descabezando á los danto-

nianos; establece la igualdad en la muerte; esclaviza por el terror los ánimos, y cuando lo ha segado todo, y lo ha consumido todo, deja su patria á merced de la fortuna y de la guerra, con anhelo solo de vida y de paz aunque fuera bajo las espuelas de un general y en el yugo de la servidumbre; pues el terror llevó al más increíble de los suicidios, al suicidio moral de un pueblo, que por conservar algunas horas de tranquilo sueño en el reposo, á cambio de la vida, aniquiló su derecho y su alma. Entonces fué cuando el girondino Lassoource pudo decir á sus verdugos: «Muerdo porque el pueblo ha perdido la razón; el día que la recobre os matará á vosotros.» Entonces Danton, fatigado ya con el peso de su conciencia y de su vida, exclamó: «Quiero más ser guillotinado que guillotinado.» Entonces Camilo Desmoulins escribió: «Todos los días el delator sagrado é inviolable entra en el palacio de la muerte.» Entonces Roederer dijo: «Los jacobinos después de haber traído por acusaciones feroces los juicios sin garantías, van al cadalso sin pleno juicio.» Entonces sucedió que una Junta condenó al verdugo de Lyon por haber cumplido fielmente la justicia revolu-

cionaria y vino á matarlo su propio hermano, antiguo auxiliar suyo, verdugo de la circunscripción del Fiere, verdadera y terrible imagen del terror.

Parece imposible que se creyera fácil restaurar en nuestro humano tiempo tanta crueldad y tanta barbarie. Pero si era demente el empeño de los comuneros en restaurarlas, era ridículo el temor en los conservadores de que se restaurasen. Aquellos días y aquellas pasiones han pasado para no volver jamás. La República es hoy una institución modestísima que se ajusta en su maravillosa flexibilidad á todas las exigencias y á todas las necesidades de nuestro tiempo. Y para fundarse con verdadera solidez en pueblos acostumbrados de antiguo á la Monarquía necesita revestir un carácter conservador, y fundar primeramente el principio social por excelencia, el principio de autoridad. Mucho cuesta el persuadir á los conservadores de esta verdad inconcusa; pero aprendida ya y confirmada por el sólido criterio de la experiencia, no tardará en ser fundamento sólido de una nueva vida política tanto en Francia como en el resto de Europa.

Y sin embargo, ¡cuántas dificultades para formar el ministerio francés! Debía nacer de la estrecha inteligencia entre los dos centros; y los dos centros conservaban opuestas preocupaciones, y aún sendos ódios del uno contra el otro. El centro izquierdo, cuya política ha predominado en esta crisis, reclamaba la participación correspondiente á su victoria. El centro derecho, apoyado en esto fuertemente por el general Mac-Mahon, sostenía que salir de la política conservadora era tanto como entrar en la política revolucionaria. El centro izquierdo reclamaba la cartera de Gobernación. El centro derecho se negaba á esta exigencia. Pedia aquel que no formara parte del gobierno ninguno de los que han votado contra las leyes constitucionales y reclamaba éste la presencia de algunos. Quería el centro izquierdo la disolución de la Cámara dentro de ocho meses y se negaba el centro derecho. A estas dificultades políticas se unían también dificultades personales. El hombre más autorizado para presidir la nueva situación era el presidente de la Cámara, elevado á tan alto puesto por la confianza de sus compañeros y que desde tan alto puesto debía pasar á la

presidencia del Gobierno. Pero Mr. Buffet se encontraba en la alta dignidad muy bien y no queria cambiarla por una incómoda cartera. Agregábase á esto un profundo disgusto doméstico, causado por la muerte de una persona idolatrada de su corazon, encanto de su familia. Así es, que muchas veces se ha desesperado de su aceptación, y por consecuencia del nombramiento de un nuevo ministerio. Y los que solo sueñan con tragedias y aventuras han presentado un nuevo golpe de estado urdido desde la presidencia y un nuevo fin trágico. Así como se convinieron los diputados de la nueva mayoría al cabo en las leyes constitucionales se han convenido tambien ahora en la formacion del Gobierno. El ministerio se halla compuesto de la siguiente manera. Cuatro de los últimos ministros quedan; los señores Decazes, Cissey, Montaspsac, Casilaux; de los nuevos dos pertenecen al centro izquierdo, los señores Dufaure y Leon Say; uno al centro derecho, Buffet; otro á la derecha, Meaux; y otro es el autor de las nuevas leyes constitucionales, el Sr. Wallon.

De este último ya creo haberos hablado en cartas anteriores. Buffet, Dufaure y Say

son los más importantes y los que más caracterizan la política actual entre los ministros nuevamente nombrados. Buffet, es un hombre de cincuenta y ocho años. Liberal moderado, entró por vez primera como representante del pueblo en las Asambleas de la segunda República francesa, donde se distinguió por su ardor en conservar el orden con la democracia y por su enemiga implacable al socialismo. Un error gravisimo cometió en aquella su campaña política, el error de asociarse á la ley de Mayo que disminua el sufragio universal y daba por consiguiente formidables armas al presidente contra la Asamblea, al presidente que se declaraba ardientísimo defensor de ese principio y aparentaba, por consecuencia, más devocion y más cariño al pueblo que la mayoría de sus representantes. Dos veces ministro de Napoleon mientras tuvo el cargo de presidente de la República, se apartó de él en cuanto diera el golpe de estado, encerrándose en absoluto retraimiento. Sin embargo, la política de Emilio Ollivier le tentó y trabajó ardientemente en aliar las libertades modernas á la dinastía imperial. Malogrado este ensayo, perdida esta doctrina por el

error de la guerra, en cuanto la nueva República se fundó, perteneció á los menos monárquicos de los conservadores, y á los más conservadores de los republicanos. En esta política se encuentra hoy el secreto de su poder y de su fuerza.

Dufaure es un hombre también de excepcional importancia. Tiene hoy setenta y siete años, y una vida pública llena de honra y una hoja política llena de servicios. Su carácter es un tanto altanero, su palabra seca, su estilo duro, su lógica implacable. Perteneció siempre dentro de la Monarquía á los partidos más liberales; dentro de la República á los partidos más conservadores. Aunque enemigo acérrimo de Guizot y su política, se opuso con vigor á que la agitación reformista de 1848 degenerara tristemente en agitación revolucionaria. Los banquetes electorales dábanle horror porque preveía su término, una revolución. Pero cumplido esto, y triunfante la República, perteneció en cuerpo y alma al partido republicano. Su genio altanero tuvo la suficiente flexibilidad para armonizar en una síntesis perfecta los derechos de la libertad con la fuerza y el prestigio de los gobiernos. Autor

de la Constitución republicana del 48 la guardó fidelidad inquebrantable. Su alto sentido político y su larga experiencia le llevaron junto al general Cavaignac, cuyo ministro fué, y por cuya elevación á la presidencia, que hubiera salvado la República, trabajó, sin poder contrastar el influjo letal de la prestigiosa leyenda de los Napoleones. Ya presidente el príncipe Luis Bonaparte, admitió una cartera, cometiendo irreparable error, que oscurece en gran parte el brillo de su nombre, la intervención funesta en Italia para destruir la República romana y restaurar el poder temporal de los Papas. A pesar de este sacrificio, de este holocausto á las ideas reaccionarias, el presidente le quita un día el poder para sustituirlo con gobierno hecho á su imagen y semejanza, preparatorio del aleve golpe de estado que asesinó la República. Desde entonces Dufaure combatió á Napoleon, y en cuanto vino la siniestra noche del 2 de Diciembre, se encerró como tantos otros en una completa abstención. Hubiera salido de ella y entrado en el Parlamento del Imperio á no haberlo impedido la intransigencia de los republicanos que se negaron darle sus votos por el triste

recuerdo de la expedición á Roma. Ministro de Justicia durante la presidencia de Thiers, supo unir á la firmeza y energía del estadista la fé del republicano, fundando las instituciones democráticas en ese prestigio de la autoridad que las preserva de precipitarse por la pendiente revolucionaria á cuyo término hay siempre una reaccion. Este hombre continuará hoy en el Gobierno su enérgica antigua política y contribuirá poderosamente á la consolidacion y á la perennidad de esta naciente y ya arraigada República.

El ministro de Hacienda es M. Say, que lleva un ilustro nombre, que pertenece á una familia de economistas, que ha regido varias sociedades de ferro-carriles y de crédito, que ha escrito en periódicos tan importantes como el *Diario de los Debates*, que ha desempeñado la prefectura de Paris y que sabrá dar al Gobierno todo, y á la administracion de su departamento con especialidad, el esplendor de su ciencia y el vigor de sus arraigadas convicciones profundamente liberales y republicanas, tan penetradas de la necesidad así de un orden regular como de un continuo progreso.

Tal es el nuevo ministerio que corresponde por completo á las exigencias de la situacion y que obedece á una política determinada y franca. La nacion vecina ha abandonado el equívoco, y abandonando el equívoco ha robustecido la paz pública al par de la libertad. La amenaza de una restauracion legitimista, las conspiraciones de la casa de Orleans, el vuelo que han tomado últimamente los bonapartistas, las pasiones demagógicas, todo se estrellará contra el firme propósito de fundar en el consentimiento de la nacion una verdadera y sensatisima República.